



Ritos funerarios del hombre prehistórico

Barbara Konieczna

Desde los tiempos remotos, encontramos evidencias de que el hombre prehistórico tenía algún tipo de creencias en cuanto a la muerte. El hecho de depositar los restos de una manera preconcebida y a veces con evidencias de algún tipo de ritual que se efectuó al llevarse a cabo un suceso, nos indican sobre la espiritualidad de estos primeros seres humanos. En este artículo hablaremos sobre algunas costumbres funerarias de los primeros hombres, interpretadas en base a los hallazgos de los restos óseos.

Dentro de la evolución de la especie humana, tenemos un período en el cual existió el llamado hombre neandertal. Su antigüedad, en general, se puede remontar hasta 150 mil años atrás, época anterior a la última glaciación. Las huellas de esta especie se pueden seguir hasta hace aproximadamente 35 mil años. Los restos óseos del hombre neandertal son relativamente abundantes en Asia, África y Europa (en América se encuentra solamente al homo sapiens). Frecuentemente, los restos óseos del neandertal están acompañados con las herramientas de piedra, cuya técnica de tallado y diversidad de formas, nos indican un grado avanzado de inteligencia, sobre todo en la especie que se considera neandertales clásicos (80 000-35 000 años atrás).

Los neandertales son los primeros homínidos que nos dejaron las huellas que indican de que tenían creencias y ritos relacionados con la muerte. En Croacia, en la cueva de Krapina, se han encontrado restos de aproximadamente diez individuos, cuyas extremidades estaban intencionalmente rotas y algunos de los huesos tenían huellas de quemaduras, de lo que se deduce que hubo algún rito canibal. Este tipo de procedimientos se encuentran también en la cueva Chou-kou-tien en China y en Monte Circeo en Italia.

Fuera de los restos que sugieran algún tipo de rito canibal y que tenía que tener trascendencia para la espiritualidad de los miembros de este grupo, existen también las múltiples evidencias de que el hombre neandertal sepultaba intencionalmente sus muertos en las cuevas. De los entierros más famosos de este tipo se considera el de la cueva de La Ferrassie en Dordogne, Francia. El entierro consiste de los esqueletos adultos de un hombre y una mujer y de



dos niños. Los cuerpos se depositaron en una fosa poco honda donde la cabeza del hombre quedó protegida por las lajas, mientras que el cuerpo de la mujer fue colocado en posición fetal, por ser amarrado siendo todavía caliente. Este tipo de enterramientos en posición fetal encontramos también en Kilik-Koba en la Península de Crimea y en Monte Carmel en Palestina. Este último sitio, una cueva de nombre

Mugharet Es-Skhuil, tiene una importancia mayor ya que en la terraza que se ubica a la entrada a la cueva se enterraron en la posición fetal alrededor de 10 individuos, con una ofrenda de la mandíbula de un gran jabalí.

Otro entierro neandertal asociado con ofrenda se encontró en la cueva de Teshik-Tash en Uzbekistán, donde los restos de un niño, enterrados en posición acurrucada, estaban rodeados

EDITORIAL

LA MUERTE NOS HACE IGUALES

H. Rafael Gutiérrez Y.

Sin embargo para los que permanecen, la muerte se convierte en el escenario donde las clases sociales ofrecen la última muestra de nuestro sitio en la sociedad.

En la muerte de doña Gertrudis de la Peña marquesa de la Torres de Rada, "los jeroglíficos que adornaron el túmulo compusieron una serie de emblemas pétreos que metafizaron las distintas virtudes de la difunta". (VICTOR MINGUEZ El lenguaje emblemático de las gemas. Universidad de la Coruña, España 1994). Las exequias fueron en la Iglesia de la Profesa, en la ciudad de México, de suerte que siendo los jesuitas de ese tiempo los

Intelectuales mas vinculados a la llamada contrarreforma, y siendo el estilo barroco la mejor expresión de la contrarreforma, el lenguaje de la pira, o altar mortuorio, giró en torno del pétreo apellido de la difunta. El Jesuita Francisco Javier Carranza describe, en su LLANTO DE LAS PIEDRAS, tanto la simbología del altar y su relación con difunta como la parafernalia y orden que siguieron los nobles allegados a la familia.

Don Manuel Rivera Cambas en su México pintoresco narra el traslado de las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez de la alhóndiga de Grandaltas a la catedral de México. "La comitiva marchó al día siguiente, 17 de septiembre de 1823, de Sto. Domingo para Catedral, en el orden siguiente: cuatro cañones con sus respectivos destacamentos, el mayor general a caballo con su comitiva, dos compañías de granaderos, las cofradías con sus gulones, las comunidades con sus cruces y ciriales, las parroquias, la curia eclesiástica, la clerecía, el Coro de Catedral y el Cabildo eclesiástico; seguían dos urnas, la una forrada de terciopelo negro, guarnecida de galones de plata y la otra de cristales conteniendo los restos de los héroes, conducidas ambas en hombros de los principales jefes, yendo detrás el carro preciosamente adornado y construido con exquisito gusto, en cuyos centros laterales se leían algunas inscripciones alegóricas, cerrando la marcha ocho granaderos con armas a la funeral y una guardia con bandera enrollada y corbata negra, con tambores y cornetas a la sordina". (VOL.I/61). En algunos pueblos de Morelos, todavía la muerte no expresa la tragedia. La música de banda popular, los cohetes y las flores reflejan el sentido natural de uno de los dos grandes acontecimientos humanos: la muerte, acontecimiento que, semejante al nacer, a todos no hace parejas.

De los que iban al infierno y sus obsequias

Lo que dijeron y supieron los naturales antiguos y señores de esta tierra, de los difuntos que se morían, es: que las ánimas de los difuntos iban a una de tres partes: la una es el infierno, donde estaba y vivía un diablo que se decía Mictlantecutli, y por otro Tzontémoc, y una diosa que se decía Mictēcacuatl que era la mujer de Mictlantecutli; y las ánimas de los difuntos que iban al infierno, son los que morían de enfermedad, ahora fuesen señores o principales, o gente baja, y el día que alguno se moría, varón mujer o muchacho, decían al difunto echado en la cama, antes que lo enterrasen: "Oh hijo! ya habéis pasado y padecido los trabajos de esta vida, ya ha sido servido nuestro señor de os llevar, porque no tenemos vida permanente en este mundo y brevemente, como quien se callenta al sol, es nuestra

vida; hizo nos merced nuestro señor que nos conociésemos y conversásemos los unos a los otros en esta vida y ahora, al presente ya os llevó el dios que se llama Mictlantecutli, y por otro nombre Aculnahúacatl o Tzontémoc, y la diosa que se dice Mictēcacuatl,

ya os puso por su asiento, porque todos nosotros iremos allá, y aquel lugar es para todos y es muy ancho, y no habrá más memoria de voz; y ya os fuisteis al lugar obscurísimo que no tiene luz, ni ventanas, ni habéis más de volver ni salir de allí, ni tampoco más

nuestro señor, que éste fuese su fin.

¿Quien puede hacer que una hora o un día sea alargado a nuestra vida presente, en este mundo?

Pues que esto es así, tened paciencia para sufrir los trabajos de esta vida presente y (que) la casa donde éste vivía esperando la voluntad de dios, yerma y oscura de aquí adelante, y no tengáis más esperanza de ver al difunto.

No conviene que os fatiguéis mucho por la orfanidad y pobreza que os queda; esforzaos, hijo, no os mate la tristeza! Nosotros hemos venido aquí a os visitar y a consolar con estas pocas palabras, como nos conviene más a nosotros, que somos padres viejos, porque ya nuestro señor llevó a los otros que eran más viejos y antiguos, los cuales sabían mejor decir palabras consolatorias a los tristes.

habéis de tener cuidado y solicitud de vuestra vuelta.

Después de os haber ausentado para siempre jamás, habéis ya dejado (a) vuestros hijos, pobres y huérfanos y nietos, ni sabéis como han de acabar, ni pasar los los trabajos de esta vida presente; y nosotros allá donde iremos a donde vos estuviéredes ante (de) mucho tiempo.

Después de esto hablaban y decían al pariente del difunto y diciéndole: «¡Oh hijo, esforzaos y tomad ánimo, y no dejéis de comer y beber, y (a) quiétese vuestro corazón.»

¿Qué podemos decir nosotros a lo que dios hace?

¿Por ventura esta muerte aconteció porque alguno nos quiere mal, o hace burla de nosotros?

Es por cierto porque así lo quiso

Y con eso ponemos fin a nuestra plática, los que somos vuestros padres y madres; quedaos a dios.

Y luego los viejos ancianos y oficiales de tajar papeles cortaban, y aderezaban y ataban los papeles de su oficio, para el difunto después de haber hecho y aparejado los papeles tomaban al difunto y encogíanle las piernas y vestíanle con los papeles y lo ataban; y tomaban un poco de agua y derramabanla sobre su cabeza, diciendo al difunto: Esta es la que gozasteis viviendo en el mundo; y tomaban un jarrito lleno de agua, y dánselo diciendo: Vels aquí con que habéis de caminar; poníansele entre las mortajas, y así amortajaban al difunto con sus mantas y papeles, y atábanle reciamente; y más daban al difunto los papeles que estaban aparejados, poniéndolos ordenadamente ante él diciendo: Vels aquí con que habéis de pasar



Ritos funerarios del hombre prehistórico

Viene de la primera plana...

por cuernos de cabra montés.

Los ejemplos que se han descrito y que muestran de que el hombre neandertal tuvo algún tipo de creencias relacionadas con la muerte, nos señalan de que ya desde tan temprana época al ancestro del hombre actual se hacía preguntas sobre su ser y sobre su destino después de la muerte.

La evolución del hombre siguiendo la línea neandertal, no es nada claro. En este punto los antropólogos se topan con el llamado eslabón perdido, que nos debería conducir hacia el desarrollo de homo sapiens. Las evidencias de esta evolución son muy confusas. Los recientes descubrimientos nos indican que en algunos territorios hubo la coexistencia del hombre neandertal y del homo sapiens. A su vez, las investigaciones de unas cuevas de Israel aportaron datos de los cuales se desprende de que en este lugar la antigüedad de homo sapiens es mayor que la del hombre neandertal.

Cada vez más se esfuerza la idea de que el ramo del hombre neandertal se extinguió, y que el de homo sapiens no fue su continuidad sino un ramo humano diferente, y que en algún momento de la historia las dos especies coincidieron vivir junto en la tierra.

La expansión del homo sapiens en los territorios de Europa, Asia meridional y Norte de África se puede relacionar con las culturas del llamado paleolítico superior (35000-10000 A. C.). La diversidad de los trabajos en piedra y en hueso, la expresión artística que se manifestó a través de las pinturas rupestres y elaboración de adornos, todo aquello nos habla sobre un gran desarrollo espiritual de los hombres que vivían en estos territorios.

Las costumbres funerarias de este período eran muy diversas. Se enterraba en las cuevas, así como en los sitios abiertos. Parece ser que dentro del área habitacional no hubo zona específica para enterrar a los muertos. Los cuerpos se depositaban en la fosa en posición fetal o extendida. Son frecuentes los entierros múltiples, así como los individuales. En algunos casos se cuenta con una preparación previa del enterramiento, como lo son los dos siguientes casos que presentaremos. En el sitio de Predmosti en Moravia se encontró un entierro colectivo de 20 individuos, todos colocados dentro de una fosa delimitada por las piedras. En el sitio de Kostienki, Ucrania, se encontró una cámara funeraria de planta ovalada, hecha de huesos de mamut, que servía de protección al difunto. Frecuentemente los individuos se enterraban ricamente adornados, así los hombres como las mujeres, gracias a lo que podemos reconstruir qué tipo de adornos usaban y cómo eran repartidos sobre el cuerpo y en la ropa.

tamoanchán número 4

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por





Cualquier información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas #111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, o al Teléfono (73) 13-28-93

LUNES 04 de noviembre de 1996

Mictlantecutli, señor del inframundo. . .



en medio de dos sierras que están encontrándose una con otra; y más le daban al difunto otros papeles, diciéndole: Vels aquí con que habéis de pasar el camino donde está una culebra guardando el camino.

Y más daban otros papeles diciendo: Vels aquí con que habéis de pasar a donde está la lagartija verde, que se dice, que se dice xochitonal; y más decían al difunto: Vels aquí con que habéis de pasar ocho páramos; y más daban otros papeles diciendo: Vels aquí con que habéis de pasar ocho collados; y más decían al difunto: Vels aquí con que habéis de pasar el viento de navajas que se llama Itzehcayan, porque el viento era tan recio que llevaba las piedras y pedazos de navajas.

Por razón de estos vientos y frialdad quemaban todas las petacas y armas y todos los despojos de los cautivos, que habían tomado en la guerra, y todos sus vestidos que usaban decían que estas cosas iban con aquel difunto y en aquel paso le abrigaban para que no recibiese gran pena.

Lo mismo hacían con las mujeres que morían, que quemaban todas las alhajas con que tejían e hilaban, y toda la ropa que usaban para que en aquel paso las abrigasen del frío y viento grande que allí había, al cual llamaban Itzehcayan, y el que ningún hato tenía sentía gran trabajo con el

viento de este paso. Y más, hacían al difunto llevar consigo un perrito de pelo bermejo, y al pescuezo le ponían hilo flojo de algodón; decían que los difuntos nadaban encima del perillo cuando pasaban un río del Infierno que se nombra Chlnahuapan; y en llegando los difuntos ante el diablo que se dice Mictlantecutli ofecíanle y prestábanle los los papeles que llevaban, y manojos de teas y cañas de perfumes, e hilo flojo de algodón y otro hilo colorado, y una manta y un maxtil y las naguas y camisas y todo hato de mujer difunta que dejaba en el mundo todo lo que tenían envuelto desde que se moría.

A los ochenta días lo quemaban, y lo mismo hacían al cabo de un año, y a los dos años, y a los tres años, y a los cuatro años; entonces se acababan y cumplían las obsequias, según tenían costumbre, porque decían que todas las ofrendas que hacían por los difuntos en este mundo, iban delante el diablo que se decía Mictlantecutli; y después de pasados cuatro años el difunto se sale y se va a los nueve Infiernos, donde está y pasa un río muy ancho y allí viven y andan perros en la ribera del río por donde pasan los difuntos nadando, encima de los perritos.

Dicen que el difunto que llega a la ribera del río arriba dicho, luego mira el perro (y) si conoce a su amo luego se echa nadando al río, hacia la otra parte donde está su

amo, y le pasa a cuestas.

Por esta causa los naturales solían tener y criar los perritos, para este efecto; y más decían, que los perros de pelo blanco y negro no podían nadar y pasar el río, porque dizque decía el perro de pelo blanco: yo me lavé; y el de pelo negro decía: yo me he machado de color prieto, y por eso no puedo pasaros.

Solamente el perro de pelo bermejo podía bien pasar a cuestas a los difuntos, y así en este lugar del Infierno que se llama Chiconauictlan, se acababan y fenecían los difuntos.

Y más dicen que después de haber amortajado al difunto con los dichos aparejos de papeles y otras cosas, luego mataban al perro del difunto, y entre ambos los llevaban a un lugar donde había de ser quemado con el perro juntamente.

Y dos de los viejos tenían especial cuidado y cargo de quemar al difunto, y otros viejos cantaban; y estándose quemando el difunto los dichos dos viejos, con palos estaban alanceando al difunto; y después de haber quemado al difunto cogían la ceniza y carbón y huesos del difunto y tomaban agua diciendo: Lávese el difunto; y derramaban el agua encima del carbón y huesos del difunto, y hacían un hoyo redondo y lo enterraban; y esto hacían así en el enterramiento de los nobles como de la gente baja; y ponían los huesos dentro de un jarro un olla

con una piedra verde que se llama chalchhulotli, y lo enterraban en una cámara de su casa, y cada día daban y ponían ofrendas en el lugar donde estaban enterrados los huesos del difunto.

Y más dicen que al tiempo que morían los señores y nobles les metían en la boca una piedra verde que se dice chalchhullitl; y en la boca de la gente baja, metían una piedra que no era tan preciosa, y de poco valor, que se dice texoxocitl o piedra de navaja, porque dicen que la ponían por corazón del difunto.

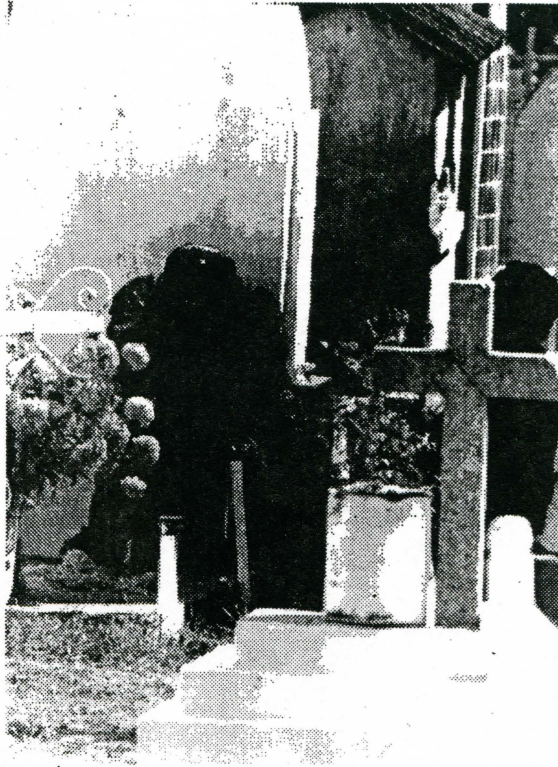
Y para los señores que se morían hacían muchas diversas cosas de aparejos de papeles, que era un pendón de cuatro brazos de largura, hecho de papeles y compuesto con diversos plumajes; Y así también mataban veinte esclavos y otras veinte esclavas, porque decían que como en este mundo habían servido a su amo así mismo han de servir en el Infierno; y el día que quemaban al señor luego mataban a los esclavos y esclavas con saetas, metiéndoselas por la olla de la garganta, y no los quemaban juntamente con el señor sino en otra parte los enterraban.

En: Historia General de las Cosas de Nueva España,

tercer libro, cap. 1, pag. 205-207.

Bernardino de Sahagún, Fray.

*Dios mío...
¡qué solos se
quedan los
muertos!*



ERS / Fernando Bahena

Muerte y vida

Isabel Garza Gómez

Ya habéis pasado y padecido los trabajos de esta vida. Y ya habido servido nuestro señor que os lleva, porque no tenemos vida permanente en este mundo, y brevemente como callenta el sol, es nuestra vida.

El párrafo anterior, citado por Sahagún en su historia general de las cosas de Nueva España, son algunas de las palabras con las que se despedía a un ser querido cuando fallecía.

El discurso fúnebre era sólo uno de los numerosos ritos que se realizaban en torno a la muerte, ya que debido a la creencia de una vida ultraterrena existía un elaborado ritual mortuorio.

Posiblemente, la mejor manera de entender este culto a la muerte y la relación entre vida y muerte, sea a partir de la concepción dual que las culturas prehispánicas tenían sobre los orígenes del cosmos y de sus deidades.

Este pensamiento dualístico estaba implícito en todas sus actividades y constituía la perspectiva desde la cual se observaban, analizaban y explicaban los fenómenos de la naturaleza.

La concepción dual vida-muerte, estaba íntimamente

relacionada con la observación de la naturaleza.

Existían los meses de lluvias, tiempo en que germinaban las semillas, los campos se pintaban de verde y se adornaban con los pintorescos colores de las múltiples variedades de flores.

Meses benéficos para la agricultura, época de abundancia, tiempo de resurgimiento, por lo tanto, relacionada con la vida.

Concebían un lugar llamado Tlalocan, sitio habitado por deidades de la lluvia que eran encargadas de almacenar las semillas y de liberar las lluvias oportunamente para favorecer la germinación.

Eran también dichas deidades las encargadas de cerrar, por algunos meses, este paraíso.

Al finalizar los meses de lluvia y verdor, inevitablemente se iniciaban los de sequía.

La cosecha moría y los campos perdían su belleza y colorido.

Las semillas se encontraban enterradas, estaban muertas.

A partir de esta secuencia cíclica de lluvias y sequías, surge la idea de que la naturaleza muere para vivir o vive para morir.

De esta manera vida y muerte eran considerados como polos opuestos o contrarios, pero ambos formaban parte inseparable de una misma dualidad: Vida-muerte.

Durante los meses de lluvias, tiempo de vida, los ritos y festividades estaban dedicadas a las dioses de la agricultura.

Los meses de secas, tiempo de muerte, eran dedicados a las guerras y conquistas con el propósito de obtener tributos.

Era también en esta época cuando se realizan el mayor número de sacrificios, sobre todo los que hacían en honor de Huitzilopochtli.

Desde esta perspectiva mágica-religiosa sobre la vida y la muerte, surge un elaborado rito cuya finalidad era proporcionar al difunto los elementos necesarios para vencer los obstáculos a los que se enfrentaría antes de llegar a su nueva forma de vida.

Se consideraba que el destino final del ánima no dependía de que el difunto hubiera actuado bien o mal, es decir, no recibía premio ni castigo por su comportamiento en vida.

El lugar de su vida ultraterrena dependía de la manera en que fallecía y ésta era determinada

por las deidades que hablaban cada uno de los cuatro reinos de los muertos.

Los que tenían una muerte relacionada con agua o causada por una enfermedad infecto-contagiosa eran elegidos por Tláloc, por lo tanto, irían al Tlalocan.

Aquellos que perecían por causas naturales estaban destinados a ir a Mictlán.

Los que morían en combate llegarían finalmente a la Morada del Sol y serían los encargados de acompañar, desde el amanecer hasta el mediodía, al astro rey en su diario recorrido.

A partir de este punto y hasta el ocaso, el sol era custodiado por las mujeres muertas en parto, ya que se consideraba que también ellas habían dejado de existir sosteniendo una lucha.

Por último, a los niños que morían siendo muy pequeños les estaba reservado un paraíso en el que se encontraba un árbol nodriza para proporcionarles el amor y el alimento que necesitaban.

Como se puede observar el elaborado culto a la muerte, que existió en época prehispánica, estuvo estrechamente relacionado con los aspectos agrícolas.